

La globalización de la exclusión

(Ensayo basado en discursos dados en la Universidad Federal de Pernambuco (Recife, Brasil) y en la Universidad de Brasilia, Noviembre del 2002)

El fenómeno de los niños callejeros en Latinoamérica ha llamado la atención del mundo, y con razón. Sin embargo, este énfasis en América Latina nos distrae del callejerismo crónico de los Estados Unidos, en donde ha sido un problema social desde el siglo XIX. Este ensayo pretende considerar el callejerismo en dos ciudades gringas, Nueva York y Santa Fe. Desde esta experiencia podemos comenzar a pensar lo que el callejerismo gringo puede enseñar sobre los niños de la calle, tanto para aplicaciones en América Latina, como para cualquier otro tipo de exclusión de poblaciones vulnerables en todo el mundo.

Durante muchos años, se ha pensado que el callejerismo en los EUA y en América Latina eran fenómenos bien diferentes, y como se verá, realmente los fenómenos tienen unas características bien distintas. En las primeras páginas de este ensayo, las prácticas callejeras en los EUA parecerán chocantes, y no tendrán nada que ver con la vida de la calle en Brasil o en Colombia. Sin embargo, me propongo mostrar que son dos caras de la misma moneda global.

Las estadísticas dicen poco sobre la vida de la calle, pero vale la pena considerar unos datos sobre los niños y las niñas que abandonan sus casas en los Estados Unidos. Una investigación del National Runaway Switchboard (Línea de emergencia para los que abandonan sus casas) encontró que cerca de 1,300,000 niños se encuentran en las calles o sin techo durante el transcurso de un año. En Nueva York, los educadores de la calle sugieren que hay 50,000 niños y jóvenes que viven en ellas. En Berkeley y San Francisco (California), los jóvenes mendigos y drogadictos han transformado el carácter de unas zonas de la ciudad. Y en Santa Fe, un pueblo de 60,000 habitantes, el Centro-día para niños de la calle sirvió a más de 1100 niños y jóvenes en el 2001.

Sin embargo, estos niños han recibido otro nombre en la literatura sociológica gringa. En vez de "niños de la calle", se habla de "runaways," o "los que huyen de casa." Así, pues, se tiende a imaginar que los niños y jóvenes que viven en las calles de los Estados Unidos están allí por motivos de rebeldía o por rechazo a los valores de sus padres, o por la violencia en casa. Por el contrario, suponemos que en América Latina, los niños callejeros están en ella por la pobreza absoluta o por su condición de huérfanos. Las investigaciones actuales ponen estas viejas ideas en duda.

Primero, quiero considerar por qué estos fenómenos parecen distintos, a través de un examen sobre la vida de la calle en las dos ciudades mencionadas anteriormente. Aparentemente estas dos ciudades también parecen casi opuestas. Después, voy a considerar algunas de las creencias sobre los niños de la calle en Brasil, Colombia, y México. Finalmente, quiero buscar las semejanzas bajo las diversas fachadas, para sugerir que el callejerismo, ya sea en los EUA o en América Latina, es una herramienta de supervivencia en el contexto del mundo globalizado y capitalista.

Santa Fe

Santa Fe es una de las ciudades más antiguas de los Estados Unidos, fundada a finales del siglo XVI, como la más norteña atalaya del imperio español. Ella y el estado del que es capital, fueron tomados de México en 1846 en la Guerra Mexicana-Americana, tal vez la primera aventura imperialista de los Estados Unidos. Ahora, los habitantes originales del estado, sean indígenas o hispanos, son marginados y empobrecidos, y

los blancos migrantes controlan el dinero y la tierra, y gobiernan en alianza con unos sectores élites de la población latina.

Hoy en día, Santa Fe es una ciudad altamente turística, que genera la mayoría de sus ingresos por el comercio con turistas. En este contexto, se podría pensar que hay una comunidad de niños vendedores, que aumentan los ingresos de sus familias, y que éste sería el origen del problema callejero. Ha pasado así en otras comunidades turísticas, como San Cristobal de las Casas (México), Olinda (Brasil), o Quito (Ecuador).

Sin embargo, Santa Fe no es así. En verdad, la mayoría de los niños, niñas, y jóvenes de la calle vienen de familias blancas de clase media. En la calle o en la plaza, mendigan por dinero, pero pocos trabajan o venden, y ninguno lo hace para apoyar a su familia. Muchos vienen de ciudades y estados lejos de Nuevo México, y su discurso no tiene nada que ver con los niños de la calle en América Latina -- dicen que viven en la calle para buscar la aventura, para hallarle un sentido a la vida, o porque es "divertido."

Según los investigadores, el discurso de los adolescentes de la calle es una cosa, pero sus verdaderos motivos son otros. Según el gobierno norteamericano, el 85% de los niños, niñas, y jóvenes de la calle son víctimas del abuso sexual, casi siempre a manos de sus familiares. Después de largas conversaciones con ellos, algunos códigos comunes como: "malas relaciones con las padres" sirven para descifrar este conflicto, pero pocos hablarán del abuso porque aún es un tema tabú.

Es por eso que los sociólogos norteamericanos hablan de "runaways" (fugitivos) en vez de "niños de la calle", pues realmente están huyendo de los conflictos familiares. Sin embargo, muchos de los jóvenes tienen otro vocabulario para definirlo: se dicen "street kids" (una traducción literal de "niños de la calle"), y se entiende esta categoría en el mismo sentido en que este fenómeno es descrito por sus compañeros en América Latina. Cuando le digo a un joven en Santa Fe que me voy para Brasil, él dice, "Ay, sí, es cierto. Hay muchos de nosotros allí, no?"

Sin embargo, este término parece tener poca fuerza si se tienen en cuenta las grandes diferencias entre los niños de la calle en América Latina y los "runaways" en los Estados Unidos. En Santa Fe, tal vez un 60% de los adolescentes que vienen al centro-día son de familias de clase media o alta. Muy pocos son menores de 14 años. El 35%, un porcentaje mayor que en América Latina, son niñas y jovencitas. La mayoría tienen una buena educación y muchos se aproximan a su bachillerato. Casi la mitad vienen de otros estados, y han venido a Santa Fe a propósito, creyendo que es una tierra interesante, "espiritual," o útil para ellos.

La comunidad y la socialización de los "runaways" son también muy distintas. Igual que para los niños de la calle en América Latina, su parche es la plaza de la ciudad, a donde van para hablar, para mirar la ciudad, o para mendigar. Sin embargo, para los Santaferenses, sus compañeros no son siempre niños de la calle -- sus amigos son niños y jóvenes de la clase alta, chicos rebeldes que se asocian con los niños y niñas de la calle porque los encuentran "chéveres," aventureros, e interesantes--. Parecería raro, pero se gana un cierto prestigio al vivir en la calle. Está relacionado con la idea de que los "runaways" son más auténticos, honestos, y "duros" -- personas que vale la pena emular.

En verdad son una comunidad de "tribus urbanas" -- skaters, punkeros, rockeros, y hippies --. Dentro de todas estas tribus, hay miembros con casas y miembros sin casas. Lo extraño es que vivir en la calle, lejos de ser un motivo de la exclusión, es una fuente de prestigio y poder dentro de la tribu. Muchas veces, los

niños ricos y con casa vienen al centro-día con sus amigos callejeros, y es difícil distinguir los unos de los otros.

Hay que reconocer otro motivo de esta asociación: la droga. Los rebeldes de la clase alta "necesitan" drogas para sus fiestas, pero no conocen a los narcotraficantes (muchas veces latinos o negros) -- o aunque les conozcan, el racismo institucional prohíbe que se inviten negros o latinos a una fiesta blanca y rica. Por lo tanto, los niños de la calle sirven de mediadores, pues saben donde y cómo comprar la droga, sin quebrar la división racial.

¿Cuáles son las drogas preferidas? Hay muy pocos que inhalan la goma-pegante, siendo otra cosa que les distingue de sus pares en América Latina. La marihuana, siempre adherida al tabaco y el alcohol, son de uso cotidiano, tanto entre los chicos de la calle como entre sus amigos ricos. Las drogas más procuradas son drogas de fiesta, tales como LSD, éxtasis, Special K, y otras drogas poco conocidas en América Latina. Hay algunos que abusan de la heroína, pero este vicio les coloca en otra tribu.

Otras características parecerán extrañas a los que conocen la vida de la calle en América Latina. Muchos de los jóvenes viven viajando, como los "hobos" (forasteros) de la mitología norteamericana -- a veces, se llaman de "nómadas" --. De ellos, unos viajan por chance (por dedo, pidiendo transporte a otros), pero algunos tienen sus propios autos. Los autos sirven de transporte y de casa, y en este sentido, tiene su propia lógica: un apartamento pequeño en Santa Fe cuesta \$500.00 por mes, y se puede comprar un auto viejo por el mismo dinero. Para los que tienen poco dinero, vivir en el auto es un buen negocio.

Otras cosas también parecerán extrañas: casi todos los niños callejeros en los Estados Unidos tienen una cuenta de correo electrónico, y uno de los servicios más importantes del centro día es un café internet gratuito. Así, se pueden comunicar con otros amigos viajeros, pero también sirve como un medio seguro y no amenazante de comunicación con los padres. Algunos de estos jóvenes de la calle llevan celulares.

En las calles de Santa Fe, hay dinero. Según los jóvenes, es posible ganar \$50.00 por día, sólo por mendigar. También hay trabajo en las industrias de construcción y de turismo, y muchos jóvenes trabajan algunos días de la semana. Otros ganan un buen salario en actividades del narcotráfico. Pero también, es una ciudad cara, donde un apartamento cuesta \$500.00/mes, un almuerzo en el centro será de \$7-10.00, y un buen café cuesta \$3.50. Así, pues, tener dinero y tener casa no es la misma cosa.

En Latinoamérica, nos acostumbramos a la escena de un niño de la calle que aborda el bus urbano con su discursito: "Mi familia viene del campo, y tengo diez hermanitos. Mi madre no puede ganar dinero para todos, por eso estoy en la calle para ganarme la vida..." Comparado con esto, el discurso de los jóvenes callejeros en Santa Fe parecerá rarísimo. Cuando se les pregunta por qué o para qué están en la calle, su respuesta es bien diferente: "Me fui a la calle porque mis papás son fachos tontos." "Estoy aquí para saber quien soy." "Quiero escribir una novela sobre mi vida...". Casi todos dicen que "la vida burguesa" es aburrida y sin sentido, y que están en la calle para buscar algo más auténtico y verdadero.

Santa Fe les sirve para esta búsqueda. En el imaginario gringo (como se puede ver en las películas de John Wayne), Santa Fe es la última frontera, el espacio de aventura y del encuentro con el otro (lo latino, lo indígena... otras culturas siguen fuertes en Nuevo México). En los últimos años, ha llegado a ser un centro del arte, de la danza, y del ópera. Los aficionados a la llamada "Nueva Era" dicen que Santa Fe tiene una "energía especial," por esto hay escuelas de medicina asiática, tiendas de piedras energéticas, y monasterios

budistas. Para los adolescentes y jóvenes que procuran algo distinto, que buscan un sentido de la vida, Santa Fe ejerce una fuerte atracción.

Pero igualmente, este discurso parece servir de justificación o explicación post-facto. Es decir, que una vez que están en la calle deben argumentar y describir este hecho de la mayor manera posible haciendo referencia a una coyuntura especial en sus vidas. De esta manera, explican y justifican su salida desde la llamada "búsqueda espiritual".

Este tema nos lleva de nuevo a la pregunta fundamental: ¿por qué será que los niños y jóvenes de la clase media salen a la calle? Su vida es el sueño de un niño pobre en Latinoamérica, pero huyen de sus casas para sufrir en la calle. ¿Por qué?

Ya hemos hablado de la violencia en las familias de los niños, pero hay otra parte clave de la historia: la desestructuración de la familia extendida. Ciertamente, hay abuso en las familias de la clase media en Latinoamérica y en la clase baja de los Estados Unidos, pero sus hijos no abandonan sus casas por irse a la calle. En la mayoría de los casos, tienen otras opciones: la casa de la tía, el apartamento de los abuelos... Bajo estas circunstancias, la familia extendida sigue siendo fuerte; tanto en la clase media de México como en la clase baja de Nuevo México, una niña o un niño violentado tiene donde esconderse.

Tomemos mi familia como ejemplo de la familia gringa de clase media. Mis abuelos están muertos -- y en verdad, cuando vivían, les vi unas dos veces por año. Tengo un tío, que vive en Houston, a 16 horas en auto de mi casa. Mis padres viven en Denver, a 6 horas en auto de Santa Fe, y mi hermano vive en Alaska, 15 horas en avión desde Denver. El genograma de la familia indica que tengo unos tíos en segundo grado en California, Kentucky, Illinois, y Alabama, pero les he visto una o dos veces en la vida, y creo que no reconocería sus caras. En una familia de la clase media gringa, esta dispersión y falta de conocimiento es normal. De igual manera, este tipo de familia goza de una gran movilidad y esto es igualmente importante. Mi familia por ejemplo, vivió en tres diferentes estados durante mi juventud, lo que rompe los vínculos de amistad que pudiesen reemplazar a la familia.

Imaginemos, entonces, que un hijo de una familia como la mía fuese abusado. No hay tíos o tías, y los abuelos viven al otro lado del país. Sus padres acaban de mudarse a una nueva ciudad, y allí hay pocas amistades de confianza. Y el chico, o por lo general la chica, ya con 15 años, no puede soportar la violencia familiar. ¿Qué opciones tiene? Puede ir a la policía o puede ir a la calle. La mayoría, temiendo a la acción de la policía o el gobierno, se van para la calle.

Nueva York

Los diarios de Nueva York empezaron a quejarse de los niños de la calle en el siglo XIX, pues este es un fenómeno ya establecido. Investigaciones básicas sugieren que hay 50,000 niños y jóvenes que viven sin casa en la ciudad (un número que yo considero exagerado). Sin embargo, hoy en día, es un fenómeno casi invisible y poco notado en los medios de comunicación.

En Tomkins Square Park, en el Lower East Side, hay una población de jóvenes parecidos a los de Santa Fe: blancos, de clase media, con mucho miedo a las instituciones y al estado. También, hay otra población más reconocible por alguien que conozca Latinoamérica: los negros y latinos que viven en muchas partes de la

ciudad, pero que viajan cada día para Times Square, donde hay unas ONGs que brindan sus servicios. Porque ya he hablado de los adolescentes blancos, aquí quiero enfatizar en los negros y latinos.

Si hay tantos niños y jóvenes sin casa en Nueva York, vale la pena preguntar cómo es que son invisibles. La respuesta es sencilla: ellos hacen un gran esfuerzo para no parecer niños de la calle, porque su supervivencia depende de su invisibilidad. En los Estados Unidos, si uno tiene menos de 18 años, está contra la ley vivir sin casa (esto hace parte de un llamado "status offense," que es sólo ilegal para los menores de edad). Si la policía encuentra a un niño de la calle, el será devuelto a su familia, encarcelado, o puesto bajo control del sistema gubernamental. Cualquiera de estos casos, resulta una pesadilla para un niño de la calle. Esto determina igualmente el que su dinero no venga de una limosna, pues no vale la pena parecer pobrecito.

Así, pues, los niños, niñas, y jóvenes callejeros en Nueva York se visten a la moda, ya sea con ropa robada, recibida en donación de una ONG, o comprada en una tienda barata. Cada mañana, van a un centro día para ducharse y lavar su ropa, lo que les permitirá luego desplazarse en la ciudad. Duermen en la calle, en edificios abandonados, en el metro, o en el parque, pero el ciudadano común no les distingue detrás de su camuflaje.

Muchos de estos jóvenes trabajan -- unos en el sector informal, pero la mayoría dentro de la economía formal--. Trabajan en restaurantes o tiendas, donde pueden ganar un buen salario. En términos latinoamericanos, tales salarios parecen altísimos: el salario mínimo de alguien que trabaja ocho horas al día sería de \$1.000.00 por mes. Sin embargo, los apartamentos más baratos en Manhattan cuestan \$1,500.00 por mes, un dinero imposible para alguien que trabaja por el salario mínimo.

De esta manera, se podría pensar que el callejerismo en Nueva York es más parecido al callejerismo latinoamericano: basado en la pobreza y el costo de la vida. También es cierto que estos niños, niñas, y jóvenes vienen de familias pobres, en su mayoría de Harlem o los Bronx, las partes más pobres y marginales de la ciudad. Igualmente, sufren de grandes carencias educativas, mucho más que sus compañeros en Santa Fe.

Sin embargo, no es la pobreza la que lanza a estos niños y jóvenes a la calle. Es la violencia. Al igual que la de los adolescentes en Santa Fe, las relaciones familiares de los jóvenes de la calle en Nueva York son violentísimas, y casi todos hablan de algún tipo de abuso. No es sólo una cuestión de vicios dentro de la familia, pues el sistema de protección del menor en Nueva York es muy fuerte, y rápidamente retirará de su familia a un niño abusado. Lamentablemente, estos niños hablan de abuso y exclusión pero dentro del sistema estatal: opresión por parte de los trabajadores sociales y hogares, abuso físico y emocional por parte de las "familias substitutas," y la percepción de ser considerados un "problema" y no una persona. En realidad, la mayoría de los adolescentes callejeros de Nueva York no sólo están huyendo de sus familias, sino del sistema de asistencia social. Se sienten víctimas de la violencia familiar e institucional.

Es igualmente significativo que el discurso de los jóvenes de la calle en Nueva York sea casi igual al discurso en Santa Fe. Dicen que están en la calle para procurar una nueva vida, para rechazar los valores burgueses, o para buscar aventura. Para ellos, hay algo más honesto y auténtico en la calle, una manera de probar que la vida vale la pena.

Mitos y Realidades en América Latina

Debo suponer que quienes leen este ensayo tienen algún conocimiento sobre los problemas de los niños de la calle en América Latina, así que no voy a dar una larga presentación sobre su realidad. Sin embargo, quiero apuntar hacia unos mitos sobre el callejerismo y sugerir que en algunos casos, el callejerismo latinoamericano no es diferente al fenómeno que acabo de describir.

Primero, es importante observar que el callejerismo latino no es sólo una consecuencia de la pobreza. Hay muchos niños y niñas de familias pobrÍsimas que jamás abandonarán sus casas para irse a la calle, y los niños de la calle no pertenecen siempre a las clases más pobres de la ciudad. En Bogotá y Brasil, han habido muchas investigaciones que comprueban que la violencia es una característica esencial para lanzar a un niño a la calle: puede ser violencia familiar, pandillera, o generada por la misma situación de guerra, pero la violencia es como tal, un factor fundamental.

En segundo lugar, debemos recordar que el discurso del niño o de la niña que aborda un bus urbano para mendigar es un discurso útil. Sea verdad o no, sirve para captar recursos. El cuento o la historia narrada a un trabajador social o a un educador de la calle, tiene un objetivo real: una historia de tragedia motivará a la acción. En muchos casos, cuando un niño o una niña en latinoamérica encuentra que esta manipulación no sirve, sus discurso cambia, y habla más de la aventura y la diversión de la calle. Al igual que en los Estados Unidos, hay placer y deseo en la calle; no es sólo un lugar a donde un joven va para escapar de la pobreza.

Finalmente, en algunas ciudades o países de latinoamérica, ya surgen características del callejerismo gringo. En Bogotá, la crisis económica y la guerra civil ha acabado con la limosna, además de existir la amenaza ante los escuadrones de la muerte que cazan a los "gamines" (niños de la calle), y es por eso que ahora los gamines procuran camuflarse. Se visten como niños de colegio privado y ganan su dinero del robo, no de la mendicidad. Con este dinero, pueden alquilar una habitación en una "residencia" para bañarse y para escapar de los escuadrones de la muerte.

En Medellín, tal vez la ciudad con las más trágicas condiciones callejeras, la relación entre niños de la clase alta y niños de la calle puede ser bien cercana, más que todo por la cuestión de la droga. En todo Colombia, los niños y jóvenes tienen un discurso sobre la aventura que se aproxima al discurso de los jóvenes de Santa Fe. San Pablo y Rio de Janeiro desarrollan esta misma tendencia observada en Colombia.

En México y Venezuela, las investigaciones han demostrado que hay dinero en la calle, al igual que en Santa Fe o Nueva York. Un mendigo creativo en Ciudad de México (los que comen fuego o se acuestan encima de vidrio quebrado) puede ganar 4 veces más que el salario mínimo, y un niño buonero (vendedor ambulante) en Caracas, puede ganar hasta dos veces el salario mínimo.

No quiero sugerir que el callejerismo de los Estados Unidos y el de Latinoamérica sean iguales, porque no es cierto. Sin embargo, sí pretendo mostrar que las diferencias no son tan insuperables como parecen. En la siguiente sección, quiero examinar estas semejanzas para buscar los orÍgenes del callejerismo internacional en la coyuntura globalista.

La Globalización de la Exclusión

Quiero proponer que cuatro factores de la coyuntura socio-económica actual propician la necesidad de callejerismo como estrategia de supervivencia en los Estados Unidos y en América Latina. Son características endémicas a la globalización, y es difícil imaginar cómo escapar de su fuerza. Sin embargo, también quiero sugerir que hay algo dialéctico en las causas globales del callejerismo, y que no debemos desesperar.

La Violencia. Ya sea en Nueva York, Bogotá, Buenos Aires, Santa Fe, o San Pablo, la violencia siempre hace parte de la dinámica callejera. La pobreza en sí no basta para lanzar a un niño a la calle, pero la violencia, sí. Es cierto que un niño que abandona su casa por la calle está buscando seguridad -- el caso de Medellín es un buen ejemplo, en donde la violencia de los barrios marginales es tan dura (con más de 100 asesinatos cada día), que la calle se convierte en un espacio más seguro--. En las calles del centro, las pandillas y guerrillas no te reclutarán y no morirás por una bala desviada, lo que sí sucederá en los barrios marginales.

En una familia violenta gringa, es igual. Hay violencia en la calle, pero es una violencia menos estable y menos cierta. En la casa, te pegarán y te violarán todos los días, y no hay cómo escapar, pero en la calle, se puede encontrar un lugar menos violento, o tal vez una violencia más controlable.

Lo que sí es cierto, es que hay muchos tipos de violencia. Una puede ser la violencia familiar, otra la violencia de las pandillas, o la violencia originada por la guerra (los refugiados de guerra, tanto en Colombia como en Perú, parecen estar particularmente dispuestos al callejerismo). Se huye de esta violencia, pero a la vez se vive otra dinámica: las víctimas de la violencia generalmente están dispuestas a buscar soluciones violentas y extremistas. Si la madre y el padre siempre solucionan sus conflictos a través de la pelea, y si la escuela castiga con la verga, no se puede imaginar una solución negociada a los problemas familiares. Huir a la calle parece ser la única solución.

Entonces, la violencia es un fenómeno global, pero ¿es un fenómeno de la globalización? Yo creo que sí, aunque sea siempre más complicado de lo que queremos.

Tomemos un caso que sirva de ejemplo: México después del tratado de libre comercio con los Estados Unidos. Por unas ventajas competitivas y por los subsidios que el gobierno gringo regala a los agricultores industriales, es más barato importar maíz y arroz que producirlos en México. Por lo tanto, los campesinos mexicanos no pueden sobrevivir en el campo, y son desarraigados (violentamente, aunque no a punta de fusil) de sus tierras natales. Van a las ciudades grandes para buscar nuevos trabajos y se radican en los barrios más marginales. No tienen servicios del estado, no hay policía, y no tienen los amigos y familiares que tenían en el campo. La red social que protegía al niño y la niña de la violencia familiar e institucional, o que servía de recurso para huir de tal violencia, ya se desata, y la calle aparece como solución. Sin duda, muchos niños y niñas de la calle en México sufren esta violencia comercial.

Cuando di este discurso en la Universidad de Brasilia, un alumno quedó bien impresionado con el deterioro de la familia extendida en los Estados Unidos, y preguntó por qué las familias se mudaban tanto, de una ciudad a otra. Cuando respondí que era, en la mayoría de los casos, por el empleo (bien fuera para conseguir nuevo empleo o porque la empresa trasladaba el trabajo a otra ciudad), él decía que esta mudanza le parecía sumamente violenta. La típica familia gringa no identificaría este fenómeno como violencia, pero de igual manera se puede observar que muchas esposas abusadas no se ven a sí mismas como víctimas de la violencia.

En muchos casos, es más fácil reconocer esta violencia en el narcotráfico globalizado que en el comercio. El narcotráfico lleva consigo dinero y nuevas relaciones de producción y consumo, y reorganiza a las relaciones de poder en los barrios marginales. Por esto se constituye en una amenaza a las antiguas relaciones de poder, como las ejercidas por la policía, el gobierno, la iglesia, y otras instituciones que igualmente luchan contra él. De esta manera hacemos referencia a la guerra civil colombiana, al conflicto armado en las favelas de Rio de Janeiro, y a la corrupción institucionalizado de México y Centroamérica.

Un McDonald's tiene consecuencias parecidas. Viene con dinero y nuevas relaciones de producción y consumo, y reorganiza a las relaciones de poder en los barrios marginales. Hay nuevos patrones con nuevos valores. El restaurante de la esquina pierde su clientela, y el productor de maracuyá en el campo pierde su mercado. Un supermercado jugará el mismo papel con las pequeñas tiendas, y es difícil imaginar cómo la costurera independiente va a sobrevivir cuando es más barato importar camisas y pantalones de la Indonesia. El gobierno y los poderes empresariales apoyan este cambio. No hay sangre en las calles, pero ¿podemos decir que este fenómeno no es violento?

Cuando el Fondo Monetario Internacional asume el control de la economía de un país, ¿cuales han de ser los primeros cambios? Privatizar las empresas nacionales y despedir a sus empleados. Eliminar a los servicios sociales. Disminuir el presupuesto educativo. Eliminar a los programas del saneamiento básico y de la salud pública. Ahora, el obrero no tiene trabajo, su hija no tiene pediatra, la escuela de su hijo se cae encima de él, y su casa nunca tendrá servicio de alcantarillado. No hay guerra ni armas de fuego, pero el resultado es igual.

No se puede tan sólo mirar la violencia que lanza a los niños hacia las calles. Creo que podemos decir, seguramente, que la globalización genera a la violencia.

Los Medios de Comunicación. Es muy fácil culpar a los medios por todo lo malo en la cultura posmoderna (en realidad, es el deporte preferido de la izquierda gringa). Tampoco pretendo decir que hay un complot entre CNN y Disney para lanzar a los niños y las niñas hacia las calles. Creo que la relación entre los medios y el callejismo es mucho más complicada.

En un buen trayecto de la historia humana, era bien difícil imaginar grandes cambios en la vida de una persona. El peon sabía que el patrón que vivía en la casona de la colina tenía otra vida, pero no sabía los detalles y no imaginaba que él pudiera vivir como el patrón. Con la llegada de la tele (y en las favelas, la comunas, y los otros barrios marginales, siempre hay tele!), esta dinámica cambió. De repente, cualquier niño conoce los detalles íntimos de la vida de los ricos, y la tele le enseña que los ricos son mucho más felices que él. Aún más complicado que esto, es el que la propaganda comercial muestre que todos merecemos a la felicidad de los ricos, y que queda sólo a centímetros más allá de nuestro alcance.

En este contexto, los niños y las niñas inquietos aprenden que no deben conformarse con la triste verdad de sus vidas, y que hay otras opciones para ellos. Sólo deben esforzarse en ganar otra vida, y es suya. Por lo tanto, la vida de una favela parece mucho más miserable, y la vida que se puede ganar a través de la calle parece más deseable.

Valores. No son sólo el narcotráfico y los medios de comunicación los que transforman a los valores culturales. El capitalismo consolida ciertos valores, y los creará para aumentar el lucro y las ganancias de las empresas. Entre las consecuencias de esta transformación de valores está un aumento en el número de los niños y las niñas que deben buscar supervivencia en las calles.

Todos reconocemos que el individualismo y la libertad personal son los valores hegemónicos en una cultura plenamente capitalista. El placer y el beneficio personal deben ser más importantes que el bienestar de la familia o el de una colectividad, porque así se pueden vender más bienes de consumo. Una gran familia que vive unida y usa el transporte público no gasta tanto dinero como una familia separada, en donde cada hijo tiene su propia casa y su propio auto. Igualmente, la ideología del capitalismo depende de una concepción egoísta del ser humano, la cual colonizará el pensamiento de todos.

En este contexto, acciones egoístas que beneficien a los padres aún cuando dañen a sus hijos, son más perdonables. La "realización personal" y el "self-help" se tornan más importantes que el amor a los demás. Por esto no es extraño que haya más violencia contra los niños, quienes son siempre una amenaza para el egoísmo total.

Invisibilidad. Creo que esta semejanza es la más importante. A pesar de las grandes diferencias entre el niño de la favela brasilera y la niña de la clase media en los Estados Unidos, ellos comparten la experiencia de invisibilidad -- y de la invisibilidad de sus necesidades, problemas, y deseos.

Conocemos bien la invisibilidad del barrio marginal. El estado no reconoce su existencia, menos durante campañas políticas, o (de vez en cuando) para ejercer el control social. La gente rica está lejos, y los medios de comunicación fingen no saber de su existencia (a menos que ocurra un gran crimen). El niño del barrio marginal es un objeto de piedad o miedo, si la sociedad piensa en él. Para ser reconocido, para contar al mundo sobre su vida, sus problemas, y sus esperanzas, el niño marginal debe ir al centro para llamar la atención a la gente.

Menos reconocida es la invisibilidad del barrio de la clase media en los Estados Unidos. Son casas grandes con grandes tierras. La ética vecinal en los Estados Unidos no exige que los vecinos se conozcan, y muchas veces ni se saben los nombres entre ellos. Cada casa es una isla. Todos los niños y las niñas necesitan reconocimiento, la mirada del otro que confirme su existencia y su valor, pero en el barrio de clase media, esta mirada está muy lejos o viene únicamente de los padres.

Imaginemos entonces, lo que sucede cuando hay violencia en esta casa, o cuando hay una niña inconforme. La casa grande y la favela se convierten en grandes cárceles. Para ser reconocido, para recibir ayuda, o para experimentar nuevas cosas, uno debe escapar.

Ya conocimos la lógica de la economía global, y cómo excluye e invisibiliza a la niñez marginalizada -- el caso de México y el Tratado de Libre Comercio me parece un buen ejemplo--. Pero ¿por qué es que la economía globalizada debe ignorar a la existencia de los niños y niñas de la clase media en los Estados Unidos? Creo que hay dos motivos:

La economía ignora las cosas que no se venden y a las personas que no son consumidores. Así, pues, la tele hace un trabajo educativo con chicos y chicas, preparándoles para ser buenos consumidores a través de la propaganda infantil (durante dibujos animados el Sábado por la mañana). Sin embargo, ellos no compran, y a su vez nunca reciben el reconocimiento del mercado. Y tal vez más importante que eso, es que la mirada hacia los niños dentro de la casa no vende nada, y así entonces es que tanto el gobierno como la sociedad no tienen interés en ella.

Otro aspecto importantísimo es la lógica de identidad en el mercado pos-moderno. Marx diagnosticó la transformación de una cultura que valorizaba el ser hacia una cultura que valorizó el tener, pero creo que ahora Guy Debord es acertado cuando dice que el valor vigente es el "parecer." La imagen es la cosa más importante, y los niños no siempre lucen bien para todos. Son sucios de vez en cuando, tienen mocos, se portan mal... Para un gringo que se obsesiona con su imagen, el niño puede ser una vergenza (y también puede generar mucho orgullo, pero siempre como extensión de la imagen del padre).

Entonces, ¿qué puede hacer el niño o la niña invisible para ser reconocido, para llamar la atención hacia sus problemas y sus necesidades? Se va para la calle.

El problema, como todos lo sabemos, es que la calle sólo proporciona otro tipo de exclusión.

Otras globalizaciones?

Esta historia parece horrible, porque los aspectos de la globalización que se observan aquí son inevitables, y crecen en todas partes de América Latina, en todas las clases sociales. Sin embargo, creo que es un proceso dialéctico, que incluye lo bueno tanto como lo malo.

Por ejemplo, pensemos en la dinámica del deseo y la emulación que los medios de comunicación promueven. Es cierto que representan una memoria constante del sufrimiento de la favela y que presentan bienes de consumo que son imposibles para un niño marginalizado. Sin embargo, también generaliza la conciencia de clase (porque sabe que no tiene lo que tienen los ricos) y posibilita el deseo de cambio social (el peón nunca fue capacitado en el deseo e la imaginación de este modo). Claramente, los medios actuales producen a la cultura para fortalecer al poder de los ricos y poderosos, pero no es cierto que siempre sea así. De alguna manera, la niñez callejera es un signo de la esperanza, porque sale a la calle buscando cambiar su mundo, inconforme con la injusticia de sus vidas.

Igualmente, es cierto que la pérdida de valores de la familia y la comunidad es algo que debemos lamentar, porque proporcionaba unos aspectos importantes de la vida. Sin embargo, debemos recordar cómo era la vida de un pueblo o una ciudad pequeña ("Pueblo pequeño, infierno grande," como se dice en España). La vida de la mujer o del pobre no era un paraíso en tales comunidades. Los niños recibían mucho cuidado, pero no existía la idea de los "derechos" de los niños. En realidad, es mejor no reconciliarse con el mundo del pasado, pues al igual que el presente tiene su dualidad puesta entre aspectos positivos y negativos. Los nuevos valores de la libertad y el individualismo ponen en quiebre las vivencias opresivas, y también atentan contra otros valores importantes.

Charles Dickens, autor del Oliver Twist, el famoso cuento sobre los niños callejeros en Londres, escribió de su era como "el mejor de los tiempos y el peor de los tiempos." Podemos decir igual sobre nuestra época, y la coyuntura que lanza a tantos niños y niñas hacia las calles. Sí, es cierto que la globalización neoliberal fomenta a una miseria peor que la que hemos conocido por décadas, pero también abre posibilidades de la libertad, del deseo, y del cambio. La pregunta es cómo trabajar desde donde estamos, cómo usar el nuevo mundo globalizado para la libertad y la justicia. No es un problema nuevo: un famoso contemporáneo de Dickens escribía, "Es cierto que los seres humanos hacen su propia historia; es simplemente que no la hacen bajo las circunstancias que ellos eligen."